

I.

Con la victoria de la Noche Triste concluye el período de Cuitlahuatl como simple jefe militar; vamos ahora á considerarlo como emperador de México.

Ocho meses habian permanecido los castellanos y sus aliados en la capital; una semana bastó á Cuitlahuatl para arrojarlos de ella; pero ¡cuán mudada estaba la rica y floreciente ciudad de Tenoch, era casi un monton de escombros; sus palacios estaban destruidos, sus templos profanados, sus dioses escarnecidos; y era que en su recinto se habia dado el primer asalto de ese duelo gigantesco entre dos civilizaciones, dos religiones y dos mundos totalmente diversos; duelo que dió por resultado el establecimiento del cristianismo y el embrutecimiento de la raza conquistada.

II.

Nunca negaremos que la introducción del cristianismo en un pueblo sea un bien, siempre que los medios para conseguirlo sean los que determinó su divino fundador; nosotros admiramos á Pablo anunciando á los griegos la existencia del Dios que habían sospechado; nos inclinamos ante los doce pescadores de Galilea que recorrieron el mundo propagando la buena nueva; tenemos una lágrima de gratitud para los Valencia y los Motolinia, y veneramos á esos mártires contemporáneos que se lanzan á los arenales de Africa para civilizar á los desgraciados negros; pero introducir el cristianismo como se hizo en México, es la mayor de las calamidades con que Dios puede castigar á un pueblo; por eso cuando oímos á los españoles jactarse de haber sido ellos los que introdujeron la religion cristiana en América, exclamamos con Olmedo:

“No estableció la suya con mas ruina
El mentado profeta de Medina.” (1)

Nos distraíamos.

1 Olmedo. “Junin, Canto á Bolivar.”

Con la aurora que siguió á la Noche Triste, pudieron comprender los mexicanos lo inmenso de su victoria, pero tambien lo caro que la habian comprado, si es que alguna vez pueden ser caras la libertad é independencia de la patria.

Millares de cadáveres de sus enemigos cubrian el suelo y colmaban los canales; el castellano cubierto de hierro yacia al lado del tlaxcalteca que se amparaba con el *ichecahuipilli*; y las corazas, las flechas, los arcabuces, los *macuahuitl*, los cañones, las alabardas abandonadas con la vida de sus dueños, formaban los trofeos militares de la victoria, así como cuarenta castellanos vivos que en medio de los gritos de la muchedumbre eran conducidos á las prisiones de la ciudad, para ser inmolados á los manes de los mexicanos muertos, y los tesoros todos que habian robado los castellanos fueron recuperados; pero en cambio, la flor de la nobleza mexicana, harto mermada ya por la bárbara carnicería de Alvarado, yacia en el campo del honor al lado de los hijos del pueblo, el último de los que muriendo por su religion y por su patria era mas grande que el mas grande de los aventureros muertos en ese tremendo combate.

III.

La victoria de Cuitlahuatl no trajo tan pronto como era necesario la paz á la ciudad; mas de cien castellanos que quedaron cortados en la retirada se habian abierto paso hasta el *Cohuapantli*, atrincherándose en el gran Teocalli, donde se defendieron tres dias con el valor de la desesperacion, hasta que fatigados se rindieron.

IV.

Pero antes de esto, dice un historiador: “La guerra civil reemplazó á la extranjera, y sus habitantes (de México), no habian dejado aún las armas que empuñaron para arrojar á Cortés, cuando las volvieron con no menos furor contra sus conctudadanos.”

Parecia que el destino de los mexicanos—colhuas era acabar como sus antepasados de Culhuacan, á los que habian sucedido, y como los toltecas sus predecesores; las mismas causas concurrían para precipitar su ruina; las discordias religiosas apoyadas por la invasion extranjera. El partido que habia sostenido á los españoles y suministrado víveres al palacio de Axayacatl, habia visto con pena su violenta expulsion, y los amigos de Motecuhzoma se le unieron, como de costumbre, atribuyendo la muerte de este monarca á la faccion cuyo jefe era Cuitlahuatl. Sostenidos por el Cihuacoatl y otros varios miembros del supremo consejo, hijos ó nietos todos de Axayacatl y de Tizoc, resistian á las pretensiones del príncipe de Iztapalapan, á quien la mayoría del pueblo mexicano habia ya escogido para que se ciñera la corona, y rehusaban ratificar un eleccion hecha en vida de su antee-

sor y fuera de las reglas ordinarias. Enardecidas las pasiones, apelaron á las armas y vinieron á las manos. Pero su pequeño número cedió bien pronto á la superioridad de sus adversarios; la multitud los agobió, y con su derrota se extinguió la última esperanza de sus amigos. El Cihuacoatl y su hermano Cihuapopoca, hijo de Tizoc, lo mismo que Teucucuenatl, bastardo de Motecuhzoma, perecieron en el combate ó fueron sacrificados inmediatamente á la política del partido triunfante." (1)

1 Manuscrito del año 1528.—Torquemada, *Monarquía Ind.*, lib. IV cap. 72.—Oviedo, *Historia de las Indias*, ms. lib. XXXIII, cap. 54.

V.

"En estos momentos, la victoria de los mexicanos era tan completa como no podía serlo mas; habian sofocado la guerra civil, y á pesar de sus desastres, habian logrado librar de la opresion extranjera á su capital." Se procedió inmediatamente á la coronacion de Cuitlahuatl, en cuya solemnidad, conforme á las leyes religiosas del imperio, se sacrificaron algunas víctimas; entre ellas se contaron los cien castellanos que se hicieron prisioneros en el Coahuapantli.

No aprobamos, pero sí disculpamos estas hecatombes humanas; al menos esta vez la sangre que corria no era americana, y en último caso solo era cambiarles el suplicio á que la ley de todas las naciones condena á los que piráticamente invaden un pueblo.

VI.

Una vez hecho Cuiclahuatl jefe legítimo del imperio, redobló su actividad y energía "para armar un ejército capaz de proseguir la guerra hasta librar al país de sus dominadores; la invasión española había agotado el tesoro del Estado y de los templos; había consumido las armas arrojadizas; había sublevado á los amigos é insolentado á los enemigos, y había segado la flor de la milicia y de la nobleza, dejando á los que les sobrevivían ardiendo en las llamas de la guerra civil. Cuiclahuatl se dedicó todo entero á restablecer la concordia y á reparar los desastres sufridos. Los templos y las casas fueron prontamente reedificados, y las murallas y fortalezas se aumentaron y mejoraron. Despacháronse emisarios á todas las provincias del imperio, exhortándolas á la defensa común, enviando socorros á las unas, prometiendo á todas franquicias y exenciones en premio de los servicios que prestaran, y ordenando la muerte de los españoles donde quiera que se les encontrara. Una solemne embajada marchó á Tlaxcallan, brindándole con la paz, proponiéndole una alianza ofensiva y defensiva, y ofreciéndole, para mas estimularla, el libre comercio con México, cuya interdicción sujetaba á los

tlaxcaltecas á tantas y tan rudas privaciones.—A pique estuvo de celebrarse esta alianza que habría sido la ruina infalible de los españoles." (1)

Quizá anticipando los acontecimientos hemos copiado los párrafos anteriores porque ellos sintetizan el brevísimo pero glorioso reinado del hijo de Axayacatl; vamos ahora á entrar en algunos detalles. Atento el emperador á todo lo que debía asegurar la independencia de la patria, comprendió que la jornada de la Noche Triste solo era la primera de un gran drama cuyo desenlace forzoso sería el aniquilamiento de la nacionalidad mexicana ó el de los castellanos y sus aliados, y por lo mismo se preparó, organizando un nuevo ejército, á dar un golpe decisivo á los invasores.

1 Diccionario Universal de Historia y Geografía. Verb. Cuiclahuatl, por Ramirez.

VII.

Dejamos á los aventureros asaz mal trechos, orientándose para tomar el camino de Tlaxcallan, donde con fundamento esperaban ser bien acogidos. Cuitlahuatl comprendió que era preciso evitar esto, y de acuerdo con Cohuanacoch, heredero del trono de Acolhuacan, por la infausta muerte de Cacama, dispuso que se atacara á los castellanos antes de que llegaran á las montañas fronterizas de Tlaxcallan. “Mientras que Cortés avanzaba penosamente hácia la llanura de Otompan (Otumba), el rey de Texcoco, aprovechándose de una fiesta que anualmente se celebraba en esta ciudad con gran concurso, daba orden de que se reunieran en ella las tropas acolhuas, á las que despues se reunieron numerosos batallones sacados de México, Tlalteloleo y Tlacopan. En defecto de los jefes del imperio, el mando en jefe se confió á Cihuacaltzin, príncipe de Teotihuacan, y uno de los catorce principales señores de Acolhuacan. (1)

“Entretanto los españoles habian llegado á Zacamolco, aldea situada en las vertientes de las colinas de Aztaquemecan: pero al aproximarse, los habitantes huyeron á los bosques, llevándose todas las provisiones. Estaban en el sexto día de marcha; todos sufrían igualmente, y uno de ellos, en

1 Muñoz Camargo. Historia de Tlaxcallan.

un acceso de hambre furiosa, arrojándose sobre uno de sus compañeros que acababa de morir, le abrió el pecho para devorar las entrañas. Cortés y otros principales se regalaban con los restos de un caballo que sucumbió, y los tlaxcaltecas arrastrándose arrancaban rabiosos la yerba con los dientes invocando á los dioses.

“En la noche notó Cortés los preparativos de los mexicanos y acolhuas. Antes de la aurora, queriendo evitar comprometerse con fuerzas tan superiores, tomó un camino de travesía para llegar á Tlaxcallan antes de que el enemigo advirtiera su partida. Pero cerca de Teotihuacan fueron percibidos los fugitivos por los centinelas de la vanguardia mexicana, que desde la víspera estaba acampada en la vertiente opuesta de la montaña de Aztaquemecan, llamado el lado de Tonan. Al punto se tocó alarma en los alrededores, y todas las alturas se cuajaron con las innumerables legiones aztecas, cuyas túnicas é ichcahuipiles de deslumbrante blancura matizaban los verdes campos como ampos de nieve. Ya comenzaban á inquietar la retaguardia castellana, y entre las bravatas con que acompañaban sus hostilidades, notó Doña Marina, la mas asquerosa de las mujeres, que repetían con frecuencia: “Marchad, bandidos, marchad hácia el punto donde bien pronto recibireis el castigo de vuestros crímenes.” Habían los españoles concebido la idea de un gran peligro; pero no comprendieron completamente el sentido de esta amenaza hasta que descendieron al valle. En este punto forma el valle una llanura inmensa, limitada al Oeste por las montañas de Aztaquemecan, y al Este por las alturas inferiores de la cadena de Tlaloc: se descubria á cierta distancia la ciudad de Otompan, y al fondo, hácia el Norte, se destacaban las imponentes masas de las pirámides de Teotihuacan, cuyos antiguos santuarios iban por última vez á presenciar los esfuerzos de la nacionalidad mexicana.” (1)

1 Brasseur de Bourbourg. Histoire des nations civilisées; etc. Traducción libre de E. Mendoza.

VIII.

Tres y medio siglos no han alterado el paisaje sino en sus detalles; la ciudad de Otompan se ha convertido en el pueblecillo de Otumba, y han desaparecido los *teocalli* que coronaban las pirámides de Tonalli y de Metztli; pero ya se ve, estos santuarios encerraban estatuas de inestimable valor, que la *piEDAD* castellana no podía ni debía respetar. Alguna vez el que esto escribe, de pié sobre su cima, vió el antiguo campo de batalla en el que dos civilizaciones se disputaron la victoria, y al ver que los cardos crecían en las escalinatas que en otro tiempo solo pisaban los *teopixque*, y al mirar la ruina y desolacion que circundan estos monumentos titánicos, cuyo origen se pierde en la oscuridad de los tiempos, no ha podido menos que volver sus ojos á la antigüedad, y si Chateaubriand al visitar las ruinas de Esparta conmovido invocaba el nombre de Leónidas, nosotros, pobres descendientes de los aztecas, hemos exclamado en Teotihuacan: ¡Cuitlahuatl! ¡Cuitlahuatl! pero á nuestras voces solo respondía el triste canto de las cigarras!

Pobres indígenas explotan hoy la curiosidad del viajero vendiéndole fragmentos de dudosa antigüedad, pero que noso-

tros adquirimos gustosos porque nos pareció encontrar en ellos un vestigio del patriotismo azteca.

Y arrobados por los recuerdos veíamos desfilar ante nosotros cien generaciones que edificaron, veneraron y conservaron estos monumentos, quizá los mas antiguos de América, y cuyos secretos aún son un misterio para los anticuarios. (1)

Perdónesenos la digresion.

1 Muy interesante estudio sobre las pirámides de Teotihuacan es el que ha publicado mi excelente amigo el sábio cuanto modesto Antonio García y Cubas.—E. M.